

## XVII.

## LOS POSTRES.

El nabab daba de comer magníficamente. Tenia por cocinero uno de esos hombres escogidos que llevan nuestro glorioso nombre francés hasta el fin del fondo de las cocinas rusas, inglesas y austriacas. Su comida era soberbia sobre toda ponderacion, y la pluma de faisán de los poetas culinarios se hubiera enmohecido ante tanto esplendor.

Por ejemplo, es preciso confesarlo, los convidados sentados en torno de esa deslumbrante mesa estaban algo trastornados. Hablaron únicamente los de la primera mesa, porque habia dos, y los de la segunda no tanto.

En ese mundo errante y superabundantemente titulado que se agrupa en torno de una casa de juego desde que ésta se abre, es muy difícil distinguir al aventurero del gran señor. En efecto, el aventurero se roza tan fácilmente con el caballero, y éste tan fácilmente con aquel, que no se distinguen uno de otro; tanto que un marqués verdadero, poseyendo un nombre lleno de cuarteles justificados, os produce el efecto de un ratero, mientras que tal charlatan de estremada destreza, ocultando cuidadosamente sus diplomas, os deslumbra hasta el punto de creerle un verdadero marqués.

Hace mucho tiempo que la moda francesa padece de anglo-manía. Montalt con sus millones, su novelesca historia en que no habia una sola mentira, su gran apostura y la alta distincion de su persona, no hubiera tenido que hacer gran cosa para hacerse el hombre á la moda de los salones aristocráticos.

Habiéranse derribado fácilmente las barreras de la etiqueta ante sus fantasías, y por la misma audacia de sus caprichos hubiera conquistado el reinado de la moda.

Pero no queria. Agradábale mas, por ejemplo, atraerse el barrio de Saint-Germain y no devolverle la visita.

Agradábale advertir á esa sociedad orgullosa, pero humillándola á su manera.

En torno de la mesa de Berry Montalt habia seguramente nobles y grandes señores; pero tambien se veian, prescindiendo de nuestros tres conocidos

de la fonda de las Cuatro Partes del Mundo, un número muy considerable de caballeros de industria. Unos y otros por lo demás se trataban formando un conjunto muy notable.

Veíase allí la flor y nata de tres ó cuatro aristocracias, y la esencia de cinco ó seis tahures.

El círculo de los extranjeros sobre todo, en toda su gloria entonces, tenía allí un contingente considerable. Todos los países del globo estaban representados. Los convidados mas insignificantes se llamaban cuando menos el caballero de tal ó cual. Había también algunos condes, tres marqueses y un duque. Había también ese infortunado é ilustre polaco, el príncipe Botlausko, de quien los adictos á Rusia hablaban con desprecio, pero que en realidad era un antiguo modelo de taur, honrosamente conocido entre los ladrones del imperio.

Maravilla causaba ver la elegante é ingeniosa cortesía que se notaba en derredor de la mesa. Montalt estaba locuaz y era el que dirigía todo.

Además, los griegos de 1820, á pesar de que esta apelacion antigua no se hubiese encontrado, aun equivalian á nuestros griegos de 1847. Este género es evidentemente privilegiado y da á sus adeptos una consideracion inapreciable.

El caballero de Las Matas se hacia distinguir entre los mas elegantes; merecia por todos conceptos el honor que millor le habia hecho colocándolo á su lado. Nuestros dos caballeros no brillaban ni con mucho tanto; pero el Portugal y la Alemania

son países en que el talento de la conversacion no crece con facilidad. El señor conde de Monteiro y el baron Bibandier eran bastante regulares: era cuanto se podia exigir de ellos.

Al llegar al palacio del nabab experimentaron nuestros tres caballeros una sensacion bastante grata; nunca habian visto á Montalt mas que en el círculo de los extranjeros, é ignoraban completamente la composicion de su casa.

Lola habia ido al palacio como otras tantas mujeres; pero como todas ellas, no habia hecho mas que pasar.

Al entrar aquella noche, las primeras fisonomías que Bibandier, Roberto y Blas habian visto, eran justamente dos muy conocidas y que seguramente no esperaban encontrar allí: queremos hablar de Enrique y Roger.

Los dos jóvenes estaban juntos á Montalt, haciendo con él los honores.

La sorpresa de nuestros tres caballeros fué tan grande, que creyeron descubrirse en el primer momento.

Pero estaban muy bien desfigurados y recobraron su aplómo con tanta mas facilidad, cuanto que pudieron convencerse fácilmente de que no habian sido reconocidos.

Efectivamente, Enrique y Roger estaban muy distantes de recordar á Mr. Roberto de Blois, á Blas su criado, y al pobre enterrador Bibandier.

Su temor desapareció al momento. La comida

continuaba según las reglas del arte. El sumiller de mitor, personaje clásico y provisto de las tradiciones más respetables, dirigía con método y sangre fría su batallón de porta-botellas: los vinos no sólo eran escogidos, sino lo que es más, aun estaban escogidos conforme previene el código de las gastrologías.

Aquí es preciso el golpe de vista y la ciencia. Se necesita saber alterar el cálido Madera con el Burdeos, ese rey de los vinos: preciso es saber colocar el vino generoso con el Oporto, que rido en los palacios británicos; el siracusa, el chixre, el lágrima Cristi, esos vinos románticos que se beben en los teatros en las copas doradas de cartón, el constancia, azotado por las tempestades, y el johannisberg, diplomática ambrosía que no se compra, según dicen, más que con el talento ó con la gloria.

Por lo que hace al Champaña, esa pálida y fría poción que altera las cabezas de los colegiales y hace saltar en la barrera á los estudiantes, tenemos vergüenza de pronunciar su vulgar nombre en tantos otros ilustres.

Háblase ya con la mayor alegría y entusiasmo. El barón Bibandier, rota una vez la valla, se ponía á beber de una manera tan triunfante, que el buen Graff estaba muy orgulloso de su discípulo.

Montalt tenía las mayores distinciones para con todos, pero especialmente con el señor caballero de Las Matas, que le hablaba con rara vivacidad.

Montalt le respondía, le sonreía, y no dejaba nunca que estuviese vacío su vaso.

¿Había medio de no beber cuando se tenía al mismo mitor por copero?

El caballero, cabeza muy segura por cierto, estaba ya algo exaltado al comenzar el segundo servicio.

Pero esto no traía consecuencias en atención á que las tres cuartas partes de los convidados lo estaban aun mucho más que él. El príncipe Botlaenko principalmente, por hacer honor á su nacionalidad, bebía con un fervor sobre todo elogio.

En la próxima galería ejecutaba una brillante orquesta ya aires á la moda como melodías indias facilitadas por Mirza, antigua esclava del nabab.

Al extremo de la galería se abría una segunda sala decorada exactamente como la primera y en medio de la que había también una mesa servida.

Esta mesa estaba rodeada por un círculo de encantadoras mujeres que bebían por cierto lo mejor del mundo.

Estas damas estaban en los banquetes con los rostros descubiertos. Eran todos corazones libres sin tener nada que ocultar. Formaban el embeleso de las alegres fiestas del nabab, y no se ponían las caretas más que á la hora del baile para sostener la lucha cuando otras mujeres que ninguno, excepto el nabab, sabía sus nombres, históricos á veces, iban á buscar su parte de intriga y de amores.

Este palacio del nabab había sido construido en

los tiempos de las cenas y de las orgías: el nabab no hacia mas que restituirle su destino.

Aquellos pequeños artesonados cubiertos de pinturas exóticas y que ya habian visto tantas veces deliciosas cenas, no tenian nada que aprender.

Mirza presidía el banquete femenino, Mirza, á quien siempre hemos visto melancólica y triste.

Pero el nabab le habia ordenado que estuviese alegre, que cantase y sonriese.

La pobre esclava obedecia.

Por lo demás, casi todas aquellas damas habian obedecido á la fantasía de Montalt; la mayor parte tenian trajes asiáticos, y doce ó quince de ellas bajo la direccion de Mirza se habian disfrazado de bayaderas de Mysora.

En torno de aquella dilatada mesa no se hubiese encontrado una sola mujer fea. Esto era lo menos. Pero las habia encantadoras y que hacian honor al gusto de Mr. Smith, el galante distribuidor de limosnas.

Entre las mas encantadoras era preciso distinguir dos bailarinas de la academia real de música que iban al palacio por primera vez. Mr. Smith habia sido en esto muy feliz en su eleccion. Eran dos diablillos de sonrisa maligna y graciosa, jóvenes y vaporosas como hadas.

En fin, dos joyas.

Estas dos señoritas habian sido convocadas para Enrique y Roger. El nabab queria acabar de una vez con la caballeresca tontería de sus favoritos, y

efectivamente, para realizar una tentacion eficaz no se podia haber escogido á nadie mejor que esas dos señoritas, Delfina y Hortensia, las dos adquisiciones mas modernas del cuerpo de figurantas de la ópera.

Enrique y Roger no tenian mas que defenderse.

De cuando en cuando durante la comida los miraba Montalt sonriendo á la idea de su próxima victoria, y escuchando los animados discursos del caballero de Las Matas, que le sometia tal vez en aquel momento el plan de su famosa jugada, hacia Montalt desde lejos á los dos jóvenes señas de amenaza.

Enrique y Roger comprendian perfectamente, levantando sus vasos en prueba de que aceptaban la batalla.

A pesar del incontestable talento de Mr. Smith, las deliciosas pensionistas de la academia real de música no eran sin embargo precisamente lo que Montalt hubiera deseado.

Tratábase de convertir á los dos jóvenes, y sobre esto se habia remontado estraordinariamente la fantasía de Montalt. La resistencia de Enrique y Roger le habia hecho formar un empeño decidido. Era una apuesta que pretendia ganar á todo precio.

No se habia confiado ciegamente, como de ordinario, á la esperiencia hábil de Mr. Smith. Habia dado instrucciones especiales, habia designado él mismo las dos jóvenes, que no eran ni la señorita Delfina ni tampoco la Hortensia.

Pero esto no lo quería comprender el nabab hacia mucho tiempo; hay virtudes, tenacidades para hablar su lenguaje, que son todavía capaces de resistir á todo el ódio del mundo.

Esto en el siglo diez y nueve.

El nabab acababa de tener una prueba terrible, por mas desagradable que le fuese.

Se trataba de dos pobres niñas sin recursos, y que ningún consejo hacia que abandonasen el camino de la virtud, de dos niñas colocadas en la pendiente resbaladiza en que ninguna jóven guarda el equilibrio, segun dicen los romanceros paganos y los filósofos de la escuela trascendental, de dos cantoras de calles, puesto que es preciso llamar las cosas por su nombre.

Pero cantoras como no se ven, jóvenes de una belleza tan maravillosa y simpática, que el nabab, ese corazón ajado, habia sentido moverse algo en el fondo de su alma con solo mirarlas.

Amaba á las dos jóvenes, pensaba con frecuencia en ellas desde que la casualidad las habia lanzado un dia en su camino, y si se obstinaba en querer hacerlas las queridas de Enrique y Roger, era porque le sonreía la idea de tener dos parejas hermosas, jóvenes y felices.

Pero ese delicioso sueño no podia realizarse. Las dos jóvenes, que hubieran debido prestarse á ello con tanto reconocimiento, se decidian á preferir su pobreza á la que ellos llamaban vergüenza.

Tan cierto es que ese desgraciado Montalt no

podia encontrar en las mujeres mas que contradicción y perfidia.

¡Ah! si hubiesen consentido hubiera sido entonces segura la derrota de los dos jóvenes. ¿Cómo resistir á tan encantadora sencillez? ¿Cómo permanecer indiferente á tan divinas sonrisas?

Pero no querian. Todos sus esfuerzos habian sido inútiles. Era preciso desistir de tal proyecto.

Y el nabab daba aquel dia esta fiesta, desesperado ya para ver si se podia pasar sin las dos cantoras de calles.

Las cosas parecian salir á medida de su deseo. Nuestros dos jóvenes, colocados junto á los compañeros de su edad, no se mezclaban en nada.

En suma, este complot urdido contra su fidelidad amorosa, era bastante inocente. Y aun cuando se hubiera descubierto el lazo que se pretendia tenderles tan sencillamente, tal vez no hubiesen concedido hácia su autor un horror profundo.

Aquella noche estaban perfectamente dispuestos. El nabab podia seguir desde lejos los progresos de su alegría siempre creciente. Veía animarse sus mejillas, brillar sus ojos y sus miradas, excelente augurio; volverse á veces con impaciencia no equivoca hácia la puerta que comunicaba con el segundo salon.

Las cabezas se exaltaban entre tanto; los postres, simétricamente alineados, habian sufrido el ataque general y cubrian la mesa con el mayor desorden de platos.

Cruzábanse treinta conversaciones vivas y desenfrenadas. Había llegado la hora. El nabab hizo una señal. La orquesta hizo resonar en la galería un golpe brillante y sonoro. Oyóse un ligero ruido de pasos, y una multitud de mujeres se precipitó en la sala con el vaso en la mano.

Estaban todas enmascaradas, pero con esas caretas cortas y sin barba que ni ocultan el carmin brillante de los labios ni la frescura y sonrosado de las mejillas.

A este golpe teatral siguió un grito repentino lanzado por los convidados.

El baron Bibandier fué el único contrariado, porque esta galante sorpresa le cogia descuidado y no había tenido tiempo de consultar á su espejo de bolsillo para ver si su rostro había perdido el color.

La invasión femenina estaba calculada por el número de convidados y cada uno tenía su pareja; el príncipe Botlauko, que aplaudía durante la comida la ausencia del bello sexo, se proveyó de una soberbia amazona.

Hubiera preferido una botella de vino aun cuando fuese del mas ordinario. Por lo que hace á la desgraciada cuya suerte le imponía por compañero á su alteza, miraba con terror aquella faz de esquivo y aquella nariz nacional que parecía modelada á fuertes puñetazos.

El papel de las mujeres estaba trazado anterior-

mente; se llevaron á los convidados de grado ó por fuerza fuera de la sala.

La orquesta tocaba fuera un aire lento y monótono.

En el momento en que los convidados bajaban la doble escalera de la terraza para entrar en el jardín, cuyo aspecto sobrepujaba las brillantes maravillas de los cuentos de hadas, abandonaron bruscamente los caballeros las doce mujeres disfrazadas de bayaderas, lanzándose en el césped que daba frente al palacio.

La melodía asiática recobró pronto su animación. Las sacerdotisas indias entrelazaron sus brazos desnudos y comenzaron una de sus danzas lascivas, que guardan tanta poesía en las memorias referidas por los viajeros.

Reinaba en el jardín, cubierto y templado por invisibles caloríferos, una atmósfera tibia que embalsamaba los cuadros de las mil escondidas plantas; la luz caía á torrentes reflejada por la techumbre de vidrio brillando por todas partes, aquel paisaje nunca visto.

Los juegos de aguas formaban mil figuras á cual mas elegantes y bellas. A lo largo de cada una de las columnas que sostenían aquella brillante bóveda, se divisaban guirnaldas de flores y festones que subían hasta perderse de vista.

En el primer término del cuadro, sobre el terciopelo del césped, entre los canastillos de flores, se veían aquellas doce mujeres, semejantes en belleza,

graciosamente vestidas con sus extraños trajes, todos brillantes de pedrerías y oro, y cuyo baile realizaba un voluptuoso sueño.

Sus caretas habian caído á la primera señal de la orquesta. Todas eran encantadoras y jóvenes; pero era preciso dar la palma á las elegidas por Mr. Smith, á aquellas dos peris ligeras y pequeñas que debían intentar la conquista de Enrique y Roger.

Eran en verdad adorables, sin que se pueda decir cuál de las dos lo era más. Hortensia tenía un rostro de morena picante y viva, coronado de cabellos negros como el ébano.

Delfina era rubia, pero no de esas lánguidas cuya mirada se apaga pálida y sin rayos. Sus grandes ojos azules sonreían: los bucles de oro de sus cabellos se marcaban con elegancia sobre sus naradas espaldas.

Era bella, bella....

Enrique miraba á Delfina, Roger devoraba con la vista á Hortensia.

Y el nabab sonreía escuchando al caballero de Las Matas, que redoblaba sus esfuerzos de elocuencia.

La orquesta, que habia velado sus acordes, lentos y cadenciosos, tocaba un crescendo aun más rápido. La danza seguía á la orquesta. Veíase á las bayaderas confundirse, perderse, reunirse, agitando sus velos blancos y formar como una cadena

viva, cuyos suaves y delicados eslabones se unían y desunían.

A medida que el baile iba siendo más vivo, se apoderaba de ellas una especie de entusiasmo.

Los músicos, ya casi sin aliento, tocaban cada vez más de prisa.

Por un momento aún se vió á la encantadora comparsa precipitar sus pasos con frenesí; luego repentinamente se calló la orquesta. Las bailarinas habian desaparecido como un sueño.

Delfina apoyaba su rubia cabeza en el pecho de Enrique. Hortensia caía medio desmayada en los brazos de Roger.

El nabab acarició con el dedo su peinado bigote, mirando por un momento con satisfacción las dos encantadoras parejas. Luego se volvió al fin hácia el caballero de Las Matas, que hacia algunos minutos predicaba en el desierto.

—Y bien, mitor, dijo el último, ¿qué os parece mi idea?

Su rostro era de color de púrpura; brillaban sus ojos sobremanera, pero sus pesados párpados tenían esa palpitación imposible de reprimir que anuncia la embriaguez inminente.

¡Le habia servido tanto de beber el nabab!

Como la embriaguez establece pronto la franqueza, se empeñaba cada vez más en una idea fija, procurando convencer á Montalt con una terquedad obstinada.

Este le miró sonriendo.

—Opino, señor caballero, replicó, que sois un hombre muy entendido... pero no gusto mucho de esos negocios en que para todo es preciso contar con el azar.

—Se pueden también intentar otros... exclamó vivamente Roberto... poseo más de un resorte, y si quereis...

—¿Qué? dijo con negligencia Montalt.

—Sois rico... pero tenéis gustos de rey... ¿Qué fortuna sería bastante grande para sostener esas prodigalidades increíbles?

Y señalaba con la mano al jardín, pareciendo calcular mentalmente las enormes sumas que habría sido necesario invertir en aquellas magníficas fantasías.

—El hecho es, dijo sencillamente Montalt, que me como mi capital, caballero.

—Ya lo sé... ¡Ah, milor, si quisierais comprenderme!...

—Pero, señor caballero, os comprendo perfectamente.

—¿De veras? dijo Roberto, que bajó los ojos; y bien!...

—¡Y bien! repitió Montalt, comprendo que con un hombre hábil se podría... Pero, señor caballero, nuestro conocimiento data de algunas semanas... é ignoro todavía...

—¡Es verdad! interrumpió Roberto; nunca me habeis visto trabajar.

—Ya comprendéis que esa especie de negocios

prosiguió Montalt, cuya sonrisa era cada vez más graciosa, no es preciso que estén basados en la moralidad de la persona.

—¡Comprendo!... si no en su destreza, en su acierto.

—Eso es.

Roberto se acercó á Montalt, tomándose el atrevimiento de apoyar en él familiarmente su brazo.

—¿Qué diríais, prosiguió, bajando la voz, de un pobre muchacho que en un hermoso día llega sin recomendación ni apoyo á un castillo donde no conocía alma viviente... y que en el espacio de tres años llegó á poner por medio de su destreza á todos los individuos en la puerta, incluso al dueño, para hacerse él amo é instalarse en su lugar?

—Mucho es, replicó Montalt.

—Se entiende legalmente... prosiguió Roberto, ¿teniendo ese hombre de que os hablo para resguardo suyo documentos de propiedad en buena y debida forma?

—¡Eso es más aún!

Roberto le apretó el brazo.

—¿Tendríais tiempo de escuchar una historia? dijo.

—¿Es larga?

—Regular, nada más; pero cuando la háyais oído comprendereis, mi querido lord, lo que es mi capacidad.

—El caso es que el juego ha empezado, dijo Montalt con alguna irresolución, y quisiera...



—Eso no vale nada.... exclamó el caballero deteniéndole por fuerza; el que con nada ha hecho veinte mil libras de renta, milor, puede hacer millares con la mitad de vuestra fortuna únicamente.... Teneis tiempo de poner á una carta doscientas ó trescientas libras.... Es preciso que me escuchéis.

Montalt dirigió una mirada de pesar al tapete verde, que ya estaba rodeado de jugadores.

—¡Vamos! dijo; estoy á vuestras órdenes.

Roberto le condujo hácia uno de los bancos de césped.

Mientras atravesaban el jardín bailaban algunas parejas sobre la alfombra de verdura. Otros bailarines hablaban medio acostados sobre cojines puestos con profusion por el jardín. Otros franqueaban las puertas de verdor, prosiguiendo por las calles de árboles menos alumbradas su encantado paseo.

La comparsa de cipayos circulaba por los bosquecillos sirviendo helados.

Roger valsaba con Delfina y Enrique con Hortensia.

Bias estaba en el juego. El baron Bibandier cuchicheaba con la dama de su eleccion, aparentando las maneras de un D. Juan adorable.

Roberto y Montalt se sentaron juntos.

—Hace de esto tres años, dijo Roberto; éramos dos.... No encuentro una razon para ocultaros el

nombre de mi compañero: era el conde de Monteira.

—¡Ah, ah! dijo el nabab, con ese gordiflon del conde; es un prodigio de habilidad.

—¡No tall.... pero no deja de tener mérito; vais á verlo.... Habiamonos visto precisados á abandonar á Paris ambos por negocios... de familia... Dirigiamonos á la aventura hácia la Bretaña.... con una dama amiga nuestra.

—¿La marquesa? dijo Montalt.

—La señora marquesa de Urgel, que entonces tenia tres años menos y que estaba tan bella como un ángel.

Como para confirmar esta asercion, pasó Lola en este momento del brazo de su caballero por delante del sitio donde Roberto y Montalt estaban sentados.

—Sí, sí, dijo el nabab mirándola; la señora marquesa debia ser muy bella.

—Al llegar á cierto pueblo de Bretaña cuyo nombre nada importa, continuó Roberto, solo teniamos siete francos y cincuenta céntimos.

—Vivo, gritó el nabab á un cipayo que pasaba cerca.

Desde algunos minutos se veia circular por el jardín mujeres que no habían asistido á la animada comida.

Esta era la costumbre en las fiestas del nabab, por lo que no llamaba la atencion de nadie. A esto se llamaba la entrada de las damas.

Porque estaba convenido que todas esas máscaras que llegaban tarde debían ser grandes señoras...

En tanto iba creciendo extraordinariamente el batallón femenino, y el prestigio que rodeaba á las recién llegadas, disgustaba mucho á las que habían asistido al festín. Algunas les robaban sus caballeros; pero esto era muy raro: la consigna del palacio Montalt era muy elástica para las damas y excesivamente severa para los hombres. Citábase ese rasgo romano del conserje, que había rehusado tres billetes de á mil francos ofrecidos por un agente de cambio en busca de su mujer extraviada.

Pero si este contingente nuevo de bellezas desconocidas no escitaba la sorpresa, pasaba á pesar de todo un hecho bastante singular, y del que los familiares del palacio no hubieran sabido darse explicación.

Las doce bailarinas que hemos visto abrir el baile estaban oficialmente segregadas, formando parte como los cipayos de la decoración y adorno de la fiesta.

Mr. Smith había sido quien les había proporcionado aquellos bellos trajes de bayaderas, y contando á Mirza resultaban trece mujeres disfrazadas de la misma manera. No podía, pues, haber más, porque hubiera sido difícil el que los sastres de París hubiesen hecho más trajes.

Estos, que conservaban una igualdad particular,

habían sido hechos bajo la dirección de Mirza en la misma casa.

Y sin embargo, si alguno hubiese pensado en contar las bayaderas, hubiera encontrado quince en este momento, todas rigurosamente semejantes, á excepción de las gasas diferentes de sus cinturas.

Había dos de más, dos que sin duda no tenían derecho á asistir á estas fiestas, y que se habían esliizado fraudulentamente en ella á favor del disfraz oficial.

¿Pero por qué medio se habían procurado ellas este disfraz? Uno solo en rigor había admisible, aunque muy improbable. Mirza, que era la superintendente de las fiestas nocturnas del palacio Montalt, hacía siempre hacer algunos trajes más para las eventualidades que pudieran ocurrir.

Tenia en una habitación cercana á la suya una especie de almacén donde se encontraban reunidos los disfraces de toda clase. Habíanse introducido en esta estancia tal vez. Habían robado aquellas túnicas bordadas de oro, aquellos cinturones flotantes y aquellas diademas de perlas...

Cualesquiera que fuesen, no debía costar gran trabajo reconocer á las dos ladronas después de conocido el fraude. Estaban las dos jóvenes acusadas por su misma turbación y por el terror que se advertía en sus ademanes.

Permanecían al pié de la escalera estrechadas una contra otra y dirigiendo en torno suyo miradas de asombro.

Esto solo duró dos minutos. Después cambiaron entre sí algunas palabras rápidas y se separaron bruscamente.

Estaba tomado su partido. Habían depuesto aquel aire de temor que pudiera haberlas vendido.

La primera, que llevaba por cinturón una gasa roja con franjas de oro, se fué directamente á la mesa de juego, donde Blas hacía maravillas.

La segunda, cuyo cinturón era verde, se dirigió hácia el noble baron Bibandier, medio acostado sobre unos cojines cerca de un canastillo de flores, y que estaba en la postura de un sátrapa gloriándose de su conquista.

Las dos pronunciaron algunas palabras á los oídos de nuestros dos caballeros.

El efecto fué admirable.

El señor conde de Monteiro dejó escapar de sus manos las cartas, poniéndose trémulo.

El noble baron de Bibandier se puso en pié de un salto.

Miraba con la boca abierta y con indecible sorpresa á la bayadera de cinturón verde, que se sentó tranquilamente á su lado.

La otra, la bayadera de cinturón rojo, tomó asiento á la mesa de juego, cerca del conde de Monteiro, estupefacto.

## XVIII.

### CUATRO BAYADERAS.

Las palabras pronunciadas por las dos jóvenes desconocidas al oído del baron de Bibandier y del conde de Monteiro habían sido muy sencillas.

El cinturón rojo había dicho al conde:

—Adios, Blas.

El cinturón verde dijo al baron:

—Adios, Bibandier.

Y esto seguramente con un tono amistoso y discreto en que nada había de amenaza.

El conde de Monteiro buscó en seguida bajo la careta de su interlocutora las facciones regulares y bellas de Lola, porque ¿qué otra en aquella fiesta podía saber su nombre?